

XI ENCUENTRO NACIONAL DE COFRADÍAS PENITENCIALES



QUINTÍN DE TORRE Y SU PASO DEL ENCUENTRO

FERMÍN LABARGA GARCÍA

Cuatro son las aportaciones fundamentales que la imaginería procesional de nuestro siglo, ya tan próximo a concluir, ha hecho a la Semana Santa de Logroño. Se trata de cuatro pasos procesionales que representan otros tantos momentos de la Pasión del Señor: el Encuentro de Jesús con su Madre en la calle de la Amargura, obra de Quintín de Torre entregada en 1945; la Flagelación del Señor, creación del riojano Vicente Ochoa de 1968; el Nazareno, de Alejandro Narvaiza, estrenado en 1969; y, finalmente, el Cristo de las Siete Palabras, también de Vicente Ochoa, de 1970.

La imaginería religiosa, incluida la procesional, de la capital riojana, a diferencia de otros lugares, no sufrió ninguna pérdida durante la guerra civil, por lo que no hubo necesidad de reponer imágenes; sin embargo, y por lo que se refiere en concreto a los pasos de Semana Santa sí que se fue viendo, máxime a raíz de la fundación de la Hermandad de la Pasión y el Santo Entierro en 1940, la necesidad de remozarlos de cara a ir configurando unas procesiones más esplendorosas, lo cual -se entendió en su momento- no sería posible si las imágenes no eran de calidad artística.

Quintín de Torre y su paso del Encuentro para la Semana Santa logroñesa

Es cierto, que con laudables excepciones (el Santo Sepulcro y la Soledad, ambas de 1694 y procedencia andaluza) las imágenes que se utilizaban en las primeras décadas de nuestro siglo en las procesiones logroñesas de Semana Santa eran pequeñas y de escasa calidad. Por ejemplo, la cofradía de Jesús Nazareno portaba tres imágenes hasta 1945, año en que deja de procesionar tanto el Ecce Homo como el paso de la columna por su evidente estado de deterioro; pocos años después, en 1968, al fin se decidió a sustituir su imagen titular por una moderna, encargada al escultor asentado en la capital riojana Alejandro Narvaiza..

Cabe decir, por otra parte, que la década de los cuarenta fue muy rica en incorporaciones y mejoras para la Semana Santa logroñesa: se incorporan a las

procesiones, además del paso del Encuentro en 1945, imágenes antiguas como el Cristo de las Animas en 1944 y la Magdalena en 1949; se adquieren andas nuevas, además de para dichos pasos, para el Sepulcro y la Soledad. También por estos años se realiza el manto de esta última imagen, en terciopelo negro bordado en oro, completándose en 1962 con el palio a juego. Por otra parte, no se puede olvidar que en 1948 se adquiría en una fábrica de arte religioso en serie el paso de la Entrada de Jesús en Jerusalén, compuesto por cuatro figuras de pasta, y destinado a la procesión infantil del Domingo de Ramos. También de pasta son los pasos de la Oración en el Huerto y la Piedad, ambos adquiridos antes de 1920 por devotos logroñeses con el fin de engrandecer las procesiones de Semana Santa de la capital riojana.

Sin embargo, la fundación de nuevas cofradías a finales de los años sesenta deparó el mayor movimiento imaginero del que tenemos noticias en Logroño: la nueva cofradía de la Flagelación encarga su paso titular en 1968 y lo mismo la de las Siete Palabras en 1970.

En este mismo año la Hermandad de la Pasión y el Santo Entierro encarga al imaginero Sr. Trapote una imagen toda de talla de la Dolorosa para la procesión del Encuentro que, poco después es desechada (hoy se conserva en Valladolid) y sustituida en 1971 por otra encargada a los Hermanos Navarro de Zaragoza, que actualmente se venera en la hornacina superior del altar del Santo Sepulcro en la Concatedral de Santa María de la Redonda. Mide 170 metros de altura y está realizada en madera de abedul.

Igualmente, en 1971 los miembros de la Hermandad encargados de la custodia del paso del Descendimiento (obra castellana de finales del siglo XVII) apreciando sus escasas dimensiones, albergan el propósito de sustituirlo por otro moderno para lo cual piden bocetos y presupuestos, no lográndose finalmente su consecución, fundamentalmente por cuestiones económicas. Y aún existirá un proyecto para la creación de una nueva cofradía, radicada en la iglesia de los PP. Carmelitas, con un paso alegórico, cuyo boceto aún se conserva, y del que sería el motivo central un Cristo yacente a cuya cabecera se encontrarían tres figuras representando el hambre, la incultura y la esclavitud, y la guerra, lacras de la humanidad que poco antes había puesto de relieve la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI.

Después el decaimiento fue la tónica general de las celebraciones de Semana Santa y, consecuentemente, se frenó por completo la creación artística imaginera

Creo sin embargo, que entre la imaginería procesional del presente siglo en Logroño cabe destacar por su singular calidad el paso llamado del Encuentro, obra del afamado imaginero bilbaíno Quintín de Torre.

Quizás la primera característica de este magnífico paso sea que fue encargado por el Ayuntamiento de la ciudad a instancias de uno de sus concejales, el Sr. Estefanía, a comienzos de la década de los cuarenta, concretamente en 1941.

En unos años en los que, a raíz de la entusiasta fundación de la Hermandad de la Pasión y el Santo Entierro, en Logroño se vivían momentos de esplendor semanasantero, el Ayuntamiento quiso colaborar de esta forma a la magnificencia de los desfiles procesionales. Para ello - cosa curiosa, sin concurso previo- decidió encargar al afamado escultor Quintín de Torre un grupo escultórico que representara el momento en que "Jesús caminando con la cruz a cuestas se encuentra a su Madre".

Se puede decir que el Ayuntamiento quiso desde el principio que el nuevo paso que iba a adquirir fuera una verdadera obra de arte y no uno de los convencionales grupos de imaginería que ofrecían a un precio mucho más asequible las fábricas de

arte religioso en serie radicadas en Cataluña, especialmente Olot, y Levante.

Y es digno de resaltar este punto ya que no era la solución más fácil ni más barata. Quizás pudo influir en el ánimo de los ediles el magnífico ejemplo que en otras ciudades estaban dando sus ayuntamientos de cara a recuperar las imágenes desaparecidas en la todavía no lejana guerra civil. De cualquier manera, el nuevo paso vendría a engrandecer no sólo los desfiles procesionales sino también el patrimonio artístico local.

Quintín de Torre y Berástegui había nacido en Bilbao el 18 de abril de 1877 y en el momento del encargo realizado por el Consistorio logroñés -1941- era un artista afamado y cotizado.

A los dieciocho años el joven Quintín trabajaba ya en el taller de su padre, que era pintor. Poco después se trasladaba a estudiar Bellas Artes a Barcelona y posteriormente a París, becado por la Diputación de Vizcaya.

Sin embargo, su afición por la escultura vendrá de su contacto con la imaginería castellana a raíz de su estancia en Valladolid en 1920. Consigue en la Exposición Nacional de Madrid en 1934 la Segunda medalla y en la Primera Bienal Americana de 1951 será Premio Especial. Mucho más adelante, con cerca ya de ochenta años gana un Premio del Ayuntamiento de Valladolid por un magnífico busto de san Pedro.

Dejando a un lado su abundante obra escultórica e imaginera no referida directamente a la Semana Santa, cabe reseñar que en 1924 había entregado el magnífico paso de la Oración del Huerto para las procesiones bilbaínas y, dos años después, en 1926 otro del Descendimiento. Ambas obras, de indudable calidad y belleza, mantenían dentro de su concepción moderna el espíritu de la escultura barroca castellana.

Con estos precedentes se comprende la envergadura del encargo realizado por el Ayuntamiento logroñés. Puesto en contacto el Sr. Estefanía -teniente de Alcalde y uno de los tres miembros de la comisión delegada por el Pleno para este cometido- con el escultor, residente en Bilbao, se llegó a un acuerdo por el cual Quintín de Torre se comprometía a tallar cuatro imágenes que representarían el Encuentro de Cristo con su Madre en el Camino de la Amargura: las cuatro tallas serán Jesús con la Cruz a cuestas, la Virgen, otra mujer y un soldado romano. Era el año 1941 y las imágenes habrían de ser entregadas para la Semana Santa de 1944.

Sin embargo, el imaginero fue demorando el trabajo y las primitivas cuatro imágenes concertadas quedaron reducidas a tres, faltando de realizar el romano. Por fin, y tras varias conversaciones sobre la ejecución del sayón, por el que Quintín de Torre pedía una considerable cantidad económica, llegaban a la ciudad para la Semana Santa de 1945 las imágenes, que habrían de ser colocadas en unas andas adecuadas a su categoría artística, lo que no pudo conseguirse en dicho año sino al siguiente.

Las andas no desmerecen en nada la calidad de las tallas; realizadas en madera lavada en blanco y oro se completan con cuatro artísticos faroles y ricos faldones de terciopelo donde aparece bordado el escudo de la ciudad. Incluyen además dichas andas dos pequeñas cartelas con relieves de la flagelación del Señor y el Camino al Calvario. Sin duda, el nuevo paso hubo de producir sensaciones de asombro y admiración en los habitantes de aquel Logroño de 1945, no acostumbrado todavía a proporciones tan grandes ni a un concepto tan moderno, aun sin salirse del canon tradicional, en las líneas de la escultura procesional.

En la tarde del Viernes Santo, 29 de marzo, del mencionado año 1945, D. Benjamín

Salas, Abad de la entonces Colegiata de Santa María de la Redonda, momentos antes de dar comienzo la procesión bendijo el nuevo paso ante las autoridades locales y provinciales.

Quintín de Torre fallecería en su Bilbao natal con cerca de noventa años y una larga y fecunda trayectoria artística a sus espaldas entre el reconocimiento unánime de su obra.

Casi al mismo tiempo que entregaba el paso del Encuentro para Logroño, Quintín de Torre aceptaba el encargo que le hacía la Hermandad de nuestro Padre Jesús en su Tercera Caída, conocida como la de los Excombatientes, de Zamora para que les hiciera la imagen de su titular, un Nazareno caído bajo el peso de la cruz.

Sin embargo el imaginero tampoco en este caso pudo cumplir con el plazo de entrega de la obra, fijado para la Semana Santa de 1946, ya que una cruel parálisis afectaba a sus piernas y le obligaba a posponer la ejecución de la imagen que, al fin, pudo ser bendecida y procesionada el jueves santo de 1947.

Traigo todo ello a colación porque este Jesús en su tercera caída de Zamora tiene un parecido increíble con el tallado por el escultor para Logroño poco antes.

En ambos casos se trata de un Nazareno bajo el peso de la cruz. La anatomía está muy cuidada, presentando el rostro la fisonomía típica de un judío, especialmente la nariz aguileña. Los miembros son grandes, propios de un hombre trabajador. En nuestro caso Cristo está en pie aunque bastante encorvado por el peso del madero; en Zamora, con las rodillas en tierra.

En ambos es característica la posición, que parece una instantánea por su fuerza dinámica. Tanto el Nazareno de Logroño como el de Zamora presenta una configuración corpórea similar de cintura para arriba: la cruz sobre la espalda y el brazo derecho asiendo la cruz en un nivel superior al de la cabeza, más pronunciado en el caso zamorano. Diferencias notables, aparte de la ya indicada de estar el nuestro en pie y el de Zamora de rodillas, son la posición de la mano izquierda: apoyada en tierra en el Nazareno de Zamora y en actitud de mantener el equilibrio, el de Logroño, quizás tomando impulso para continuar la marcha. La otra diferencia fundamental viene determinada por el hecho de constituir el nuestro un grupo con las tallas de la Virgen y una de las santas mujeres y estar concebido, por el contrario, el zamorano como imagen individual. En ambas imágenes es característico el escorzo de la cabeza, mucho más pronunciado en el caso zamorano. La vista se dirige en éste ligeramente hacia el cielo y en el nuestro, como era de esperar por la configuración escénica, hacia las otras dos imágenes que determinan un plano visual superior.

La policromía de las imágenes, realizada por transparencias, juega con colores suaves y apagados, siendo de gran calidad las encarnaciones.

Se trata de una gran obra, clásica por su planteamiento y moderna en cuanto a su ejecución, de la que puede sentirse, bien orgullosa de contar con ella la Semana Santa logroñesa.

